

EL ENIGMA POLITICO DE ANGEL GANIVET*

por J.F. ACEDO CASTILLA

Angel Ganivet, literato, filósofo y político, ha sido la mentalidad más vigorosa que hemos dado a la vida intelectual de España en los últimos tiempos¹, el pensador más profundo y el escritor más original que produjo la tierra española en la segunda mitad del siglo XIX.

Para Cristóbal de Castro², Ganivet tiene la categoría de precursor, pero no de un precursor en sazón y provisto de todas las armas, como Joaquín Costa, que tiene testa y barbas de padre eterno, creador y legislador, sino de un precursor hijo, con toda la poesía de su vida atormentada y de su muerte oscura. Para Antonio Espina³, Ganivet representa en la última etapa del siglo XIX a todo un linaje intelectual español que se remonta en su origen a nuestros más notorios pensadores clásicos: Victoria, Isla y Luis Vives. En ese mismo criterio abunda Elías de Tejada⁴, quien nos presenta a Ganivet como un gran poeta y filósofo, como la personificación genuina del pueblo español, una de esas individualidades poderosas que constituyen la obsesión permanente de su cerebro.

Lo más característico de la obra de Ganivet es su portentosa originalidad, una originalidad que hizo decir a Unamuno⁵ que «Ganivet era todo adivinación e instinto».

* Disertación leída en la sesión de 29 de Abril de 1994.

1. Constantino Ruiz Carnero. *Prólogo al libro de Ganivet*. Tipografía Paulino Traveset, pág. II. Granada 1921.

2. Cristóbal de Castro. *Nuevo Mundo*, tomo XXV, núm. 1250 de 15 de Febrero de 1918.

3. Antonio Espina. *Ganivet, el hombre y la obra*. Espasa Calpe, S.A. Colección Austral, Madrid 1941, pág. 11.

4. Francisco Elías de Tejada. *Ideas Políticas de Angel Ganivet*. Gráficas Universal, Madrid 1939, pág. 118.

En efecto, original es en los deliciosos artículos de «Granada la bella», que es el más puro homenaje que se pueda tributar a la ciudad donde se nace y la expresión más ideal del esteticismo moral. De ahí que Gallego Burín⁶ considere esta obra como «un devocionario de los granadinos», cada uno de cuyos capítulos es una oración sencilla y fervorosa que deben rezar por el bien de la ciudad. Precisamente «Granada la bella» inspiró a nuestro José M. Izquierdo⁷ su libro sobre Sevilla «Divagando por la ciudad de la gracia». Y es de notar como Izquierdo que fue el mejor discípulo de Ganivet –según Saldaña–⁸ firma con el seudónimo de «Jacinto Ilusión», que es el nombre de un personaje de Eça de Queiróz, cuya figura recuerda tanto, social y moralmente, a la de Ganivet.

Original de pies y cabeza, no sólo en su contenido, sino hasta en su escritura, –como dice Nicolás M. López–⁹, es el «Idearium», el primer libro de Ganivet y donde mejor se refleja su personalidad y su ideología. El «Idearium» es un libro de afirmaciones, donde se exalta la constitución interna de España, cimentada en el espíritu territorial –que es la médula de nuestro país–, la religión –que es el cerebro–, el espíritu guerrero –que es el corazón–, el espíritu jurídico –la musculatura–, y el espíritu artístico –la red nerviosa que todo lo mueve–. Ganivet, –en opinión de Sánchez Agesta–¹⁰, soñaba en esta obra con una nueva grandeza de España, con una España que fuera como una nueva Atenas de Occidente, creadora y misionera de la verdad, lo que se lograría cuando hallara el sosiego de la adecuación de sus formas políticas y sociales a las peculiaridades de su historia y su carácter. Por eso trata de fijar lo permanentemente español, salvando el alma nacional de las ideas, doctrinas y creencias abstractas que la desvirtúan, y llamando la atención de los españoles sobre lo que permanece vivo en la historia patria. En suma el «Idearium» no es más que una profesión de fe en la virtualidad de

5. Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. Editorial Renacimiento. Madrid, pág. 305.

6. Antonio Gallego y Burín. *Ganivet*. Tipografía Bentura Traveset. Granada 1921, pág. 12.

7. José M. Izquierdo. *Divagando por la ciudad de la gracia*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1978, pág. 397.

8. Quintiliano Saldaña. *Angel Ganivet*. Editorial Hernando. Madrid 1930. «*Selección de Hombres Eminentes*», I, pág. 200.

9. Nicolás M. López. *Ganivet Intimo*. Juicio crítico leído en el Centro Artístico Granadino el 24 de Enero de 1915. Apud. en el libro de Ganivet. Ob. cit. pág. 33-34.

10. Luis Sánchez Agesta. *El Espíritu español, según Ganivet*. En el «YA» de 28 de Enero de 1965, pág. 5 y 6.

nuestra raza, en su genio y en su carácter, un grito de españolismo que lanza Ganivet, en medio del pesimismo dominante.

Después de «Granada la bella» y del «Idearium» publicó Ganivet una de las novelas más originales que se han escrito en castellano «La conquista del Reino Maya por el último conquistador Pío Cid». Pío Cid —que como dice Fernández Almagro, es el propio Ganivet—¹¹, llega casualmente a un reino desconocido del centro de Africa, donde, tras una serie de peripecias, se convierte en Supremo Juez y Gran sacerdote de los indígenas. Una vez dueño del poder, organiza la vida del país, conforme a los moldes europeos y, a este fin, entre otros adelantos, introduce el papel moneda, la luz eléctrica y las corridas de búfalos; crea un Parlamento que se reúne regularmente, y dos partidos políticos, que se alternan en el poder. Pero las reformas no satisfacen a los nativos ni al propio reformador, quien, al final, entre carcajadas hirientes y sátiras mordaces, ridiculiza y se asquea de lo que él mismo implantó.

Esta obra, que merece una especial consideración, ha sido objeto de las más diversas interpretaciones. Según Fernández Almagro¹², sus antecedentes literarios son los viajes de Robinson Crusoe y los de Gulliver, y constituye una burla, un tanto áspera, de la misión colonizadora, que a título superior, se irrogan los grandes pueblos modernos, en contraste con el espíritu cristiano llevado a las Indias por los conquistadores, colonizadores y misioneros españoles. Otros autores, como Francisco García Lorca¹³, sostienen que de una manera más o menos explícita, Ganivet recoge aquí el viejo y nuevo problema de la licitud y límites del dominio del hombre salvaje por el civilizado, o mejor el conflicto entre naturaleza y cultura, que resurge en Europa con ocasión de la conquista de América. Y prueba —añade— de la intencionalidad americanista, la tenemos, aparte de las fuentes de Historia de América, que él declara, en el título mismo —el Reino de Maya— y en la implícita y vaga alusión a los Incas, cuando Pío Cid establece en la familia real Maya, ya descendientes suyos, el matrimonio entre hermanos, para asegurar la pureza de la sangre.

Eliás de Tejada¹⁴, en cambio, disiente de los criterios anteriores. Para el que fue insigne catedrático de la Universidad de Sevilla, la

11. Melchor Fernández Almagro. *Vida y Obra de Angel Ganivet*. Ed. Revista de Occidente. Madrid 1952, pág. 234.

12. *Ibidem*, pág. 236.

13. Francisco García Lorca. *Angel Ganivet. Su idea del hombre*. Buenos Aires, 1952.

14. Francisco Eliás de Tejada. *Obra citada*, pág. 186.

intención de Ganivet fue la de satirizar a la España canovista de la Restauración, y los intentos de europeización que constituían el móvil de los políticos de aquellos días. Para probar su tesis desmenuza la totalidad de la obra, comenzando por el proceso de composición de la novela y fijando su atención en las cartas de Ganivet a su íntimo amigo Navarro Ledesma en una de las cuales le dice: «El primer título que se me ocurrió fue Cánovas.sive.de.Restauracione., pero no me pareció luego bien, porque particularizaba demasiado y lo dejé para que brotase espontáneamente»¹⁵.

El género novelesco lo continúa Ganivet con «Los trabajos del infatigable creador Pío Cid», una de las mejores novelas que en nuestro idioma existen según Ortega y Gasset¹⁶, y donde mejor se refleja el Madrid de fin de siglo. Se trata de una autonovela, de su propia biografía espiritual, donde la mezcla de ficción y realidad, la figura del héroe, la inclusión de discursos, poesías y relatos, nos hacen recordar la técnica de Cervantes en el Quijote.

Por último, también se asomó Ganivet al teatro con un drama místico, «El escultor de su alma», donde utiliza la forma de los autos sacramentales, para infundir los sentimientos e ideas más atrevidas y sutiles que pueden agitar el alma humana. Aquí la tesis de la obra es encarnada por Pedro Mártir, artista y místico, algo así, como un Pío Cid, resucitado y transfigurado. El que era infatigable creador, tórnase ahora perfeccionador incansable, que actúa sobre su propio espíritu, queriendo esculpir su alma ideal en forma eterna, purificada por el dolor, que es para Ganivet el crisol de la vida.

II

Angel Ganivet y García Lara nace en Granada, la ciudad entoldada en leyendas moras, el 13 de Diciembre de 1865. La fecha de su nacimiento coincide con el número de la casa en que nació (número 13 de la calle de San Pedro Mártir) lo que significa fatalidad para ciertas gentes de su época y aún de la nuestra.

Por línea paterna se ha venido sosteniendo que su apellido procede de Francia, de donde lo importó a España a finales del siglo XVIII

15. Angel Ganivet. *Epistolario*. «Obras Completas». Editorial Aguilar, tomo II, Madrid, 1943, pág. 913.

16. José Ortega y Gasset. *Prólogo a Cartas Filandesas y Hombres del Norte de Angel Ganivet*. Espasa Calpe. Colección Austral, pág. XIV.

un natural de Angulema, General del Ejército francés, emigrante de su patria por razones políticas, quién venido a pobre casó en Granada con una señora que vivía en el barrio de la Magdalena.

Para José Díaz Martín de la Cabrera¹⁷, la familia Ganivet procedía del principado francés de Turena, de donde en 1669 vino a España Antoine de Gainebe, quinto abuelo de nuestro personaje, el que se avecindó en Cogollos, lugar de la provincia de Granada. Por la corrupción fonética y adaptación lingüística el apellido francés Gaignete aparece transformado sucesivamente en Gavinete, Gañavete y al fin, Ganivet.

Para Navarro Ledesma¹⁸, el nombre de Ganivet, que en catalán, provenzal, valenciano y castellano de las Partidas significa «cuchillo», nos dice su origen por línea paterna: los ascendientes eran de la fortísima casta catalana-pirenaica, del lado allá de los Pirineos. Y el mismo Ganivet en unos graciosísimos versos le decía a este amigo, justificando una temporada de pereza o letargo en que no hacía nada:

*Yo soy catalán candongo
injerto en godo chilingio...*

Mas sea cual fuera su procedencia, es lo cierto que este apellido a principios de siglo XIX había de adquirir categoría nacional por un hecho notable. El primero de mayo de 1810, un ejército francés compuesto por más de cinco mil hombres al mando del General Barón de Maransin, atacan al vecino pueblo de Puebla de Algodonales. La defensa de la villa fue organizada por su párroco, D. Esteban Ganivet, natural de Granada, quien murió heroicamente junto con más de trescientas personas¹⁹.

Por línea materna, Ganivet es granadino morisco, descendiente de árabes; así lo atestigua el segundo apellido de su madre «Siles», que quiere decir «gente de color moreno». Que él lo sabía y lo entendía era evidente: «yo he nacido en la ciudad más cruzada de España, en un pueblo que antes de ser español fue moro, romano y fenicio. Tengo sangre de lemozín, árabe, castellano y murciano y me hago por necesidad solidario de todas las atrocidades y aún de crímenes que los

17. José Díaz Martín de la Cabrera. *El libro de Ganivet*. Ob. cit., pág. 72.

18. Francisco Navarro Ledesma. *Prólogo al Epistolario de Angel Ganivet*. Editado por Leonardo Williams. Madrid 1904.

19. En la Secretaría del Palacio Arzobispal de Sevilla hay una completa documentación de este suceso.

invasores cometieron en nuestro territorio. Si Vd., amigo Unamuno, suprime a los romanos y a los árabes, no queda de mí más que las piernas»²⁰.

Al igual que sus antecesores, Ganivet es fatalista. Así, en diversos pasajes del *Epistolario* hace solemne declaración de fatalismo y en carta de 14 de Agosto de 1894, dice a Navarro Ledesma: «según te consta soy fatalista y creo que la suma sabiduría está en las cosas y en dejar que las cosas obren, incluyendo en las cosas a las personas, siempre que funcionen normalmente y sin enmendar la plana a las fuerzas naturales»²¹. También la raza ejerce una gran influencia sobre su ideología. Pruébalo la tesis apologética de la influencia arábiga en España, y el programa de expansión nacional sobre el Africa por mano de los árabes, como auxiliares eficacísimos que expone en «El Porvenir de España»: «Si España tuviera fuerzas para trabajar en Africa, yo que soy un quidam, me comprometería a inventar media docena de teorías nuevas para que nos quedáramos legalmente con cuanto se nos antojara»²².

Y en la carta a Unamuno antes citada le dice: «Vd. profesa anti-patía a los árabes y yo les tengo mucho afecto sin poderlo remediar»²³.

Cuando Ganivet tenía diez años de edad, quedó huérfano de padre. Se pensó entonces dedicarlo a la industria de molinería, cosa de que se desistió por haber sufrido una caída que en mucho tiempo le impidió el ejercicio de tales faenas.

Con su férrea voluntad logró recuperarse totalmente y tras licenciarse en Derecho y doctorarse en Letras, acude a las oposiciones, primero al cuerpo de Archiveros, donde obtiene el número 11; después a la Cátedra de Griego donde fracasa y por último a la carrera consular donde obtiene el número 1, siendo nombrado Vicecónsul de España en Amberes. De Amberes pasa a Helsingfor donde escribe todos sus libros excepto el de «Granada la Bella» que lo publicó en Amberes en 1896, siendo trasladado por último al consulado de España en Riga, donde a los tres meses, habiendo perdido la razón a consecuencia de la avariosis que había de originarle una parálisis general progresiva, se suicidó tirándose al Duina, el 29 de Noviembre de 1898. Tenía en aquel momento treinta y dos años de edad.

20. Angel Ganivet. *El Porvenir de España*. «Obras». Editorial Aguilar 1943, tomo II, pág. 1072-73.

21. Angel Ganivet. *Epistolario*. «Obras» Editorial Aguilar 1943, pág. 999.

22. Angel Ganivet. *El Porvenir de España*. Obra citada, pág. 1090.

23. *Ibidem*, pág. 1073.

Dos días antes de buscar la muerte, Angel Ganivet entregó a su amigo Von Bruck un pliego para Navarro Ledesma, que, –según manifestaciones de éste, recogidas por Fernández Almagro²⁴ era un verdadero espiritual, encabezado del modo siguiente: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí resumen de mis ideas y de mis deberes». La única cláusula –breve y conmovedora– que Navarro Ledesma consintió en publicar, fue la séptima, que es de este tenor: «No recuerdo haber hecho mal a nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón».

III

Cuando Ganivet contempla desde Helsinki la falta de rumbo de la España de su tiempo, resume su diagnóstico en pocas palabras: carencia de ideas nacionales. «En España –ya había escrito en “Granada la Bella”²⁵, se han arrancado muchos árboles y muchas ideas, y así estamos de continuo amenazados por las inundaciones de... ¿cómo diré para ser suave?, de cosas nuevas que arrasan los sentimientos españoles de quienes aún los conservan». De ahí que busque afanosamente el camino que nos saque de aquella postración, el que encuentra, no a través de la europeización a ultranza por la que abogaban buena parte de sus contemporáneos, sino en la vuelta a nosotros mismos, en la restauración espiritual de España.

«Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan estar más en boga nos sirven», proclama en el «Idearium»²⁶. Y conste –aclara en «Los trabajos»²⁷, que «yo no me asusto de que abramos las puertas de par en par a todas las ideas, vengan de donde vinieren; lo que no me parece bien es que perdamos nuestra personalidad y seamos imitadores serviles». Sobre este punto, que constituye para él una verdadera obsesión, vuelve a insistir en otro lugar del

24. Melchor Fernández Almagro. *Prólogo a las «Obras Completas» de Angel Ganivet*. Editorial Aguilar, Madrid 1943, pág. XXVI-XXVII. También puede leerse en «*Vida y Obra de Angel Ganivet*», obra citada, pág. 284.

25. Angel Ganivet. *Granada la Bella*. Obras Completas. Aguilar, tomo I, Madrid, 1943, pág. 7.

26. Angel Ganivet. *Idearium Español*. Obras Completas. Aguilar, tomo I, Madrid, 1943, pág. 221.

27. Angel Ganivet. *Los Trabajos del infatigable creador Pio Cid*. Obras Completas, Aguilar, tomo II. Madrid 1943, pág. 515.

«Idearium»²⁸: «España comienza ahora una nueva evolución, o ha de comenzarla en breve, y en ella tiene acaso caminos abiertos para emprender rumbos diferentes de los que le señala su historia; pero un rompimiento con el pasado sería una violación de las leyes naturales, un cobarde abandono de nuestros deberes, un sacrificio de lo real por lo imaginario».

Ganivet postula como fundamento del juego de las ideas la libertad que entiende como posibilidad personal para todos y cada uno de realizar su propio ideal. Pero la libertad no es concesión de la Ley, sino temple de ánimo. «Que importa —dice en «Cartas Filandesas—»²⁹ que la ley nos declare libres, si estamos poseídos por vulgares ambiciones y sacrificamos nuestra libertad y aún nuestra dignidad para satisfacerlas». De aquí que por una paradoja, de cuya motivación podría quizás hablarnos mejor la psicología profunda que la ciencia política, Ganivet vincule la libertad a una férrea autoridad.

La libertad —dice— hay que buscarla en el poder de los hombres fuertes. Cánovas es más liberal que Sagasta; Nárvaez era más liberal que Cánovas; Prim era más liberal que Nárvaez y si llega a gobernar Cabrera hubiera sido más liberal que Prim³⁰. «El hombre más liberal que ha habido en Europa, después de la Revolución francesa —escribe en el «Epistolario»—³¹, ha sido Napoleón, quien consideraba a sus varios millones de súbditos como manadas de borregos y los trataba como buen pastor a palos y pedradas cuando era preciso. Y es que, una cosa es ser liberal, pudiendo ahorcar en un día a varios millares de súbditos, y otra serlo cuando no se puede mover un Juzgado de Primera Instancia sin que estalle una revolución».

No se escapa a Ganivet cuán aventurado resulta cimentar el orden político sobre la voluntad de un hombre, pero estima verdadera locura cimentarlo sobre la voluntad de una multitud. «La voluntad de un hombre —afirma en «La conquista del Reino Maya»³² es un sol que tiene sus días y sus noches; la libertad de un pueblo es un relámpago que apenas dura un segundo». Sentado esto no puede extrañarnos que el gran escritor granadino rechace el principio democrático que

28. Angel Ganivet. *Idearium*. Ob. cit., pág. 221.

29. Angel Ganivet. *Cartas Filandesas*. Obras Completas. Aguilar, tomo I, Madrid, 1943, pág. 636.

30. Angel Ganivet. *Epistolario*. Ob. cit., pág. 898.

31. *Ibidem*, pág. 1026.

32. Angel Ganivet. *La conquista del Reino Maya por el último conquistador Pio Cid*. Obras Completas. Aguilar, tomo I, pág. 276.

—según dice en una de sus cartas—³³ «tiende en el orden político a la anulación de la acción preponderante intelectual, para sustituirla por el poder anónimo de la soberanía nacional, cuya esencia consiste en reunir una mayoría de hombres que proponen una idea vulgar que sea comprensible por esa misma mayoría, y como no es de esperar que los hombres capaces quieran descender a apretar la mano de los honradores electores resulta, que el porvenir no es de los que proponen majaderías por cálculo, sino de los que las sienten de veras y las proponen como cosa natural y peculiar»³⁴.

Por eso he pensado mil veces, —añade más adelante—³⁵, que el fin de la campaña democrática, la de los generosos amigos del progreso de nuestra especie, va a ser desastrosísima. Por odio al despotismo se pretendió anular la acción preponderante intelectual y sustituirla por el poder anónimo de la soberanía nacional; y como nunca falta gente para nada en el mundo, no faltó quien se entusiasmara creyéndose algo importantísimo en el nuevo concepto aclamado por tantos tribunales. El que antes era un cero a la izquierda y se veía condenado a serlo en lo sucesivo se alegró viéndose convertido en unidad. El pueblo soberano venía a ser algo como una cifra compuesta de muchas unidades en fila: todos eran uno, pero cada cual se permitía el lujo de creer que el podía ser no el uno primero de la derecha que vale uno, sino el tercero que vale ciento o el séptimo, que vale un millón. Pero aparte del pernicioso efecto de estas adulaciones, es evidente que había algo más grave: la necesidad de confiar algo a las masas; de aquí dos teorías originales: la una consistía en decir que tales masas lo hacían todo, pero que había hombres providenciales encargados de expresar los pensamientos de sus contemporáneos, de realizar sus aspiraciones. La otra fue más atrevida y le cargó todos los méritos al elemento anónimo valiéndose de la falsificación de la historia, llegándose hasta lo del pacto expreso del sobajado Rousseau.

«Cuando se lee que Napoleón (que fue el «todo» del «Imperio», el que de una manotada desvió el curso desbocado de la revolución) no fue más que un hombre que supo encauzar los múltiples elementos latentes que había en el seno de la sociedad francesa de la revolución, dan ganas de taparse la cabeza con un manto más espeso que el de César. Seguramente Francia, después de la ejecución de Luix XVI,

33. Angel Ganivet. *Epistolario*. Ob. cit., pág. 909-910.

34. Angel Ganivet. *Epistolario*. Ob. cit. Ibidem id.

35. *Ibidem*. pág. 940-941.

sería una jaula de locos peleando por el poder; de lo que hicieron tenemos una ridícula parodia en el período demasiado largo que duró la República Española. Llega un hombre, los echa a todos a patadas, como debían de haber hecho en España después de Sagunto y sin necesidad siquiera de Sagunto, hace una Nación, hace veinte ejércitos y en tres sentadas se traga la mitad de Europa. ¿Dónde está aquí la adivinación de las masas, el profundo sentido de la sociedad francesa y demás terminuchos adulatorios que emplean los tributos de la plebe de hoy?»³⁶.

Estas razones justifican que Ganivet niegue valor político al sufragio universal, el que en su opinión, no es más que el medio por el que a un «quidam» se le echa encima una pila de papeletas y se le transforma en todo lo que sea menester. Muestra de su adhesión a los comicios populares son los párrafos de la carta que a tal respecto dirige a Navarro Ledesma³⁷: «Yo he visto con los ojos, que una misma recua de borricos que usan los arrieros de las Alpujarras, ha enriquecido a unos y ha arruinado a otros. La razón dice que la inteligencia y hasta la suerte de los arrieros es la que decidió en estos casos; los burros se limitaron siempre a llevar la carga. Más los progresistas han descubierto lo contrario: creen de buena fe que la consulta con su borrico es para el arriero indispensable».

No obstante ello, Ganivet es un ardiente partidario del sufragio universal, pero con una condición: la de que no vote nadie. «Y no crean —dice en las “*Cartas Filandesas*”—³⁸, que mi afirmación es una broma de mal gusto; es una afirmación de política trascendental, como demostraré ahora mismo. Yo salgo a la calle con cinco duros en el bolsillo y vuelvo a casa sin haber gastado un céntimo y vuelvo alegre porque he ido por todas partes con la seguridad que da el llevar cinco duros para lo que pueda ocurrir. En cambio salgo sin un cuarto y vuelvo de mal humor porque se me ha antojado comprar todo lo que ido viendo y tenido que verme en un compromiso que me obligaba a declarar mi precaria situación. Luego no se piense que es lo mismo no votar porque no se puede, que no votar porque no se quiere».

Aunque Ganivet no era demócrata, no es de los que piden un genio investido de dictador. Un genio, —dice—³⁹, sería una cabeza artifi-

36. *Ibidem*. pág. 942-943.

37. *Ibidem*. pág. 941-942.

38. Angel Ganivet. *Cartas Filandesas*. Ob. cit. pág. 640.

39. Angel Ganivet. *Idearium*. Ob. cit., pág. 234.

cial que nos dejaría luego peor que estábamos..., un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas que al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente, volveríamos a hundirnos, sin haber adelantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder que debe residir en todos los individuos de la nación, que está fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales.

Por la misma razón que rechaza la democracia, Ganivet se opone al socialismo, y niega al socialismo —como destaca Elías de Tejada—⁴⁰, por una labor de negación de la negación, que diría Hegel, ya que al negarlo afirma lo que el socialismo niega: la fuerte personalidad humana.

«El socialismo —dice en el «Epistolario»—⁴¹, se presenta cada vez más en forma de pacto que ofrece a los que lo aceptan a cambio de la enajenación económica, los elementos necesarios para vivir siempre y todos los días. Y he de confesar que yo, aunque tuviera muchos millones suscribiría ese pacto, si no fuera porque temo que tras la libertad económica se pierda la libertad individual, y quien sabe si hasta la libertad de domicilio íntimo. En esto como en todo —añade— se tropieza siempre con el mal eterno: la ambición de unos, que por egoísmo invencible, quieren centralizarlo todo en sí y la bajeza de las masas que lejos de aceptar con alegría esa seguridad económica para consagrar el tiempo libre a la dignificación espiritual, dedicarían sus ocios a examinar si la repartición era justa, si los directores o sus parientes y amigos comían faisán, mientras la turba se limitaba a engullir ternera o pollo».

«Este socialismo —continúa— a mi me repugna tanto como el individualismo feroz de los que luchan por la materia⁴². ¿Qué espíritu podría desarrollarse en una sociedad tirada a cordel, sometida a una promiscuidad íntima, cuando la sola unión constitucional nos ha traído donde nos vemos? Por esto se me ocurre pensar que lo que el socialismo pretende sería el principio del fin, máxime en nuestro país que es el pueblo más aristócrata de Europa. En España, Juan Fernández y García firma con más humos que Juan Fernández de Córdoba y García Zúñiga⁴³, y de esta manera es cómo hemos llegado a la igualdad, haciéndonos todos hidalgos, esto es, siendo todos aristócratas».

40. Francisco Elías de Tejada. *Ideas políticas de Angel Ganivet*. Ob. cit., pág. 177.

41. Angel Ganivet. *Epistolario*. Ob. cit., pág. 651.

42. *Ibidem*. pág. 979.

43. Angel Ganivet. *Cartas Filandesas*. Ob. cit., pág. 651.

No obstante sus críticas, Ganivet reconoce la fuerza del socialismo; «El socialismo no es un fantasma, es una fuerza positiva o negativa, pero de todos modos, una fuerza que ha de influir en la evolución de nuestras instituciones legales y políticas»⁴⁴.

Mas este reconocimiento de la segura ascensión del socialismo en el futuro, no supone que defienda o tenga simpatías por este sistema. La carta a Navarro Ledesma de 6 de Agosto de 1894⁴⁵, no puede ser más significativa a este respecto: «Mil veces he pensado y hasta he soñado, si el socialismo no podía tomar una dirección espiritual y hacer que el centro de la actividad humana, colocada hace tantos siglos en la conquista del dinero y a veces del pan, cambiase de sitio, neutralizando la vida económica por medio de un pacto que asegurase la manutención y dirigiendo todas las ganas de pelea hacia las regiones hoy polares del pensamiento; pero cada día me convenzo más de que todas las fuerzas de Hércules no bastarían para conseguir que no ya un rebaño humano, sino el más débil de sus borregos, se apartara de la alfalfa material que representa hoy el metal acuñado».

IV

Como puede colegirse de lo anterior, Ganivet no era demócrata, ni liberal, ni socialista; pero ¿qué era?

Hay quien niega que sobre este punto puedan hacerse afirmaciones rotundas de carácter absoluto. Así, para Gómez Barquero⁴⁶, a Ganivet le pueden reclamar las más opuestas escuelas, porque en su rico almacén de pensamiento hay para todos los gustos. En los mismos términos se expresaba José María Salavarría⁴⁷, al manifestar que Ganivet no ha podido meterse en ningún cajón del estante con su etiqueta de letras claras. No puede hacerse de él, como un pendón intelectual, una campaña de izquierdistas o de derechistas.

Melchor Fernández Almagro⁴⁸ en su magnífica biografía resalta como unos presentan a Ganivet como paladín tenaz de la tradición española. Otros como debelador inexorable de los grandes principios.

44. Angel Ganivet. *Idearium*. Ob. cit. pág. 190.

45. Angel Ganivet. *Epistolario*. Ob. cit., pág. 1012.

46. E. Gómez Barquero. *La vuelta de Ganivet. Después del Homenaje*. En «El Sol», 31 de Marzo de 1925.

47. José María Salavarría. *El retorno de Angel Ganivet*, en ABC. 29 de Marzo de 1925.

48. Melchor Fernández Almagro. *Ob. cit.*, pág. 8.

Los de acá, como educador de considerable poder formativo, los de allá, como una corrosiva lección de escepticismo y hastío.

Probablemente —en su opinión—⁴⁹ yerran todos, por querer representar en una sola expresión la ideología y el temperamento de un hombre típicamente ondulante y sistemático, que se debatió siempre entre solicitudes contradictorias, incapaces por lo mismo de saciar su sed de una verdad superior».

Pero esta inspiración hacia ideales superiores de que habla Fernández Almagro, no quiere decir que Ganivet careciera de un pensamiento político determinado. Lo que ocurre es que la oscuridad del autor arroja a la arena de la disputa el problema de hallar cuál sea este; y en este punto, como trance final, nos encontramos con corrientes opuestas: la primera, la que busca en Ganivet la bandera política liberal y revolucionaria; y es la segunda la de los que le alistan al lado de la tradición.

En un acto solemne celebrado en el Paraninfo de la Universidad de Madrid el 28 de Marzo de 1925, con motivo del traslado a España de sus restos y en el que intervinieron entre otros los señores Garríguez, Jiménez de Asúa, Rodríguez de Viguri, Américo Castro, Marañón y Eugenio D'ors, se virtieron sobre Ganivet los más diversos criterios⁵⁰. Las izquierdas —dice Gallardo Burín—⁵¹, le aplauden, sin suscribir sus textos; las derechas los suscriben, sin aplaudir su figura.

Así, Jiménez de Asúa, siguiendo las directrices de un editorial de El Sol del día anterior, protesta de que «se le pretenda utilizar para determinados fines, presentándolo como elemento derechista».

Marañón afirmó, «que sus dos grandes amores fueron la patria y la libertad», y Eugenio D'ors que «Ganivet era un españolista y un casticista... quería una patria grande que supiese emancipar su conciencia de las consecuencias de un Parlamento que cuando iniciaba su eficacia era clausurado y de unas garantías que se suspendían cuando eran más necesarias. Yo no canonizo esas ideas. Pero Ganivet era así. No sería honesto ocultar esto en una fiesta como esta. El siglo XX se caracteriza, al contrario del siglo XIX, por la exaltación de la Marsellesa de la autoridad. Ganivet la cantó antes de nadie».

Otro orador de aquel día, Américo Castro, sostuvo que «mediante el sentido místico de España, se adentra en nuestra tradición y quie-

49. *Ibidem id.*

50. La reseña de este acto puede leerse en la prensa de la época especialmente en el ABC de 29 de Marzo de 1925.

51. Antonio Gallego Morell. *Biografía Ilustrada*, en ABC, 12 de Diciembre de 1985.

re buscar en nuestra peculiaridad, la salud y el remedio para el país enfermo». Según Castro, Ganivet partía de la idea de que habían fracasado entre nosotros los ensayos de la europeización... No es el momento de discutir si tenía o no razón; pero así pensaba.

Pese a los criterios expuestos en el acto de referencia, los que se repetían días después en un acto similar celebrado en Granada, la mayoría de los que sobre Ganivet han escrito, le adjudican el mote de tradicionalista. Así, Quintiliano Saldaña⁵², escribe textualmente que «su doctrina política es el tradicionalismo»; Fernández Almagro⁵³, también lo considera tradicionalista aunque con las atenuaciones que veremos después. Pero sobre estas y otras muchas afirmaciones en tal sentido tenemos que destacar la de D. Manuel Azaña cuando en el estudio que dedica a Ganivet en su libro *Plumas y Palabras*, subraya el sentido tradicional de su obra. Así, sin paliativo alguno, afirma concluyentemente que «Ganivet se complace con la tradición»⁵⁴. «Pese al “eje diamantino”, a la “fuerza madre” indestructible que se imagina llevar dentro; pese a la exaltación romántica o anárquica de la personalidad, Ganivet desfallece si no le confortan los raudales de la tradición donde ha bañado su alma»⁵⁵. Y en esto, Azaña tenía razón. Para Ganivet, cuanto en España se construya con carácter nacional debe estar sustentado sobre los sillones de la tradición⁵⁶, cuya esencia no son para él los hechos históricos, sino el espíritu que a esos hechos informa, el sustratum ideológico que le sirve de base y que le vivifica⁵⁷. Pero ¿en qué consiste ese espíritu español que es para Ganivet nuestra tradición nacional? En la vuelta a nosotros mismos, en la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio; en cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un título dantesco que diga «lasciate ogni speranza», sino este otro más consolador, más humano, más profundamente humano tomado de San Agustín: «Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas»⁵⁸.

52. Quintiliano Saldaña. *Ob. cit.*, pág. 144.

53. Melchor Fernández Almagro. *Ob. cit.*, pág. 207.

54. Manuel Azaña. *Plumas y palabras*. Compañías Ibero-Americana de Publicaciones (C.I.A.P.) 1930, pág. 28.

55. *Ibidem*, pág. 91.

56. Angel Ganivet. *Idearium*. *Ob. cit.*, pág. 110.

57. *Ibidem*. *Ob. cit.*, pág. 213.

58. *Ibidem*. *Ob. cit.*, pág. 217.

Ganivet —como dice Laín⁵⁹, propugna en estas líneas un interiorismo político operativo y es sin duda la fuerza de su propio pensamiento, la que le conduce a ejercitar su interiorismo contemplativo y definidor. El piensa y sueña, no legisla.

Aunque Ganivet, mantiene las ideas capitales de la tradición española, no creo que podamos adherirle la etiqueta de tradicionalista que muchos le han adjudicado, y ello por una razón que resulta obvia; Ganivet, según su propia confesión, no era católico⁶⁰, carecía de creencias religiosas y el catolicismo, como es sabido, es el eje diamantino, el principio y fundamento de dicha ideología.

Dada la imposibilidad de encuadrarlo, por una u otra causa, en ninguno de los sistemas políticos expresados, posiblemente, la interpretación de su personalidad habrá de hacerse a través de caminos diferentes como por ejemplo el que parte de la consideración de que no era hombre de su tiempo. Gigante, digno del Siglo de Oro, —como le llama Elías de Tejada—, en él hubiera hallado la fe y el aliento para inmensas empresas de impercedero renombre. Pero le tocó, para desgracia suya, vivir en años de decadencia y en vez de conquistar un imperio para su rey en el campo de las realidades, hubo de contentarse con ser en el mundo de las ficciones, ministro constitucional de un reino habitado por negros en el corazón de Africa.

Mas sea cualquiera el criterio que se tenga sobre el particular, lo cierto es que el pensamiento de Ganivet está vivo y en él queda todavía mucho por cosechar, muchas espigas por granar y muchos granos por recoger. Pero sobre todo —como dice Gallego Burín⁶² queda siempre como ejemplo permanente su encendido amor a España, amor alegre y doloroso por conocer de sus virtudes y de sus vicios, esa fe en el porvenir de ella y esa fuerza ideal en la que basa su optimismo en ese porvenir.

59. Pedro Laín Entralgo. *La generación del 98*. Espasa Calpe, Colección Austral, 8ª Edición. Madrid, 1975, pág. 189.

60. Angel Ganivet. *Epistolario*. Ob. cit., pág. 274.

61. Francisco Elías de Tejada. *Ob. cit.*, pág. 71.

62. Antonio Gallego Burín. *Angel Ganivet, su españolismo y su vigencia*. Editorial marroquí. Tetuán 1951, pág. 40.